

na, oro y encendida púrpura, sino en crepusculares girones de niebla, deshechos en lágrimas ó cruzados por el lívido serpeo del rayo abrasador...

Septiembre llega, nuncio del invierno, de la noche larga; Quevedo ya no quiere discurrir "en cosa de las guerras ni de las paces", señal cierta de que por esta vez se rinde y entrega á la muerte; y su última, breve y desfallecida epístola, sólo pide que le encomienden á Dios.—Pocos días después, la mano que escribía tal súplica se heló para siempre.

Así concluyó este hombre que tan bien nos representa y significa, en sus defectos y en sus cualidades. El alma colectiva española más late en Quevedo que en Cervantes; Cervantes pertenece á la humanidad, Quevedo á la patria. Al reflejarnos en el espejo de Quevedo, no nos hallamos hermosos, pero sí reales y vivos; y además, vemos tan claros y salientes los lunares de nuestra fisonomía, que seríamos harto torpes si no dedujésemos fácilmente la lección y la enmienda.



## MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ

QUIEN juzgue de la valía de un escritor por el número y extensión de los artículos necrológicos que la prensa le consagra, podrá poner en la misma línea á Miguel de los Santos Alvarez que á Pedro Antonio de Alarcón. Y, sin embargo, Pedro Alarcón fué un clásico, un maestro, y Miguel de los Santos Alvarez sólo un aventajado discípulo, y discípulo toda la vida, y ocioso casi toda, y retirado desde hace mucho tiempo, por lo cual las letras, que al fallecer el autor de *El Escándalo* perdieron rico florón de su diadema de oro, al morir el autor de *La protección de un sastre* no experimentan — digase en puridad — modificación sensible.



No quisiera que se me tachase de dura é intransigente... El que llegue hasta el final de estas líneas verá que hago justicia á las cualidades de Miguel de los Santos Alvarez; y el que sepa inferir de las obras y la conducta de un autor la estimación que el mismo autor hace de sí propio, sabrá de antemano que Miguel de los Santos Alvarez se conocía y no se taba más alto de su verdadero precio. Mi observación no es un alarde de severidad, sino de cautela, á fin de que mis lectores del extranjero, que no conocieron á Miguel de los Santos Alvarez, sepan que el puesto secundario, aunque honroso, que le señala el Padre Blanco en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, es el que en justicia le corresponde.

A crearle la aureola que le cercó y que está resplandeciendo sobre su tumba contribuyeron varias causas, más bien relacionadas con las letras, que literarias propiamente. "No soy la rosa, pero estuve cerca de ella," pudo decir de sí el compa-

ñero y amigo del Byron español. Miguel de los Santos Alvarez ejercía sobre la imaginación el mágico prestigio de haberse codeado con los grandes escritores de un periodo glorioso cuanto fugaz. Tenía el romanticismo por pedestal y por corona: y al romanticismo lo amamos todos, lo llevamos todos en las venas. Es nuestra juventud, la aurora de nuestros espíritus, que se despiertan á la vida, ansiosos no sólo de ideal belleza, sino de aventuras, de imprevisto, del delicioso sabor de la insensatez, ó — como dice Galdós en *Realidad* — del *disparate*. Al romanticismo pudiéramos requebrarle como requiebra Augusta á Federico Viera en la hermosa novela del maestro: "Yo te quiero por desgraciado, por bohemio, por el abandono que hay en ti."

Recuerdo bien la noche que conocí á Miguel de los Santos Alvarez, hace cosa de diez y siete años, en un sarao de la para mí inolvidable amiga marquesa del Campo de Alange. Bullía la concurrencia por los salones, y solo, reclinado perezosa-



menté en un *pastel* de terciopelo rojo, del cual surgía lustroso y enhiesto el follaje de una palmera, divisé á un hombre de aspecto enfermizo. A mi pregunta contestó la dueña de la casa arrastrándose hacia el solitario con la viveza comunicativa y el misterio del que da una grata noticia: "¡Pues sí es Miguel de los Santos Alvarez! ¡Apenas se va V. á alegrar de conocerle!," Yo hice más que alegrarme: me conmoví. Aquel *byroniano rezagado* era una época que resucitaba del polvo. La nota suelta evocaba la sinfonía.

Debo añadir que si en efecto Miguel de los Santos Alvarez era el *causeur* exquisito que tanto ensalzan los que le trataron íntimamente, para mí fué sólo el caballero que quizá se aburre en un salón y al cual, para mayor aburrimiento, le presentan una señora desconocida, una admiradora de Marineda, en Cantabria. Mi nombre, para Alvarez, nada significaba, —al revés que para mí el suyo, que significaba mucho más de lo que intrínsecamente podía valer.— Le interrogué con

afán sobre las pasadas glorias, y sólo obtuve distraídas y vagas respuestas. Conservé, de aquel diálogo frustrado, un recuerdo, que tal vez fué causa — sin notarlo yo misma — de que jamás volvíese á solicitar el trato de Alvarez. Ahora caigo en la cuenta de que alguna razón habría para que, siendo él tan simpática personalidad, en diez y siete años no se me ocurriese ni remotamente verle ni hablarle. Estas *desganadas* — que yo desearía corregir — son resultado (lo confieso para acusarme) de la tenacidad que me hace tan difícil rectificar mis primeras impresiones, malas ó buenas.

Conviene, por lo mismo, que me apresure á advertir que la opinión unánime de cuantos conocieron al autor de *Marta* le es favorable en extremo. Píntanle bondadoso, indulgente, afable, modesto, ameno, ingenioso, ocurrente, constante en sus afectos, cortés y bien quisto de todos. Ningún odio, ninguna severidad en los juicios póstumos, ni para el literato ni para el caballero. Verdad que la benevo-



lencia es privilegio tan accesible á los retirados á cuartel de inválidos como regateado á los militantes.

La biografía externa de Miguel de los Santos Alvarez es incolora. Nos entera de que nació en 1817, en Valladolid, ciudad fertilísima en buenos hablistas; que su familia era conocida y respetable; que pasó á la corte y trabó amistad con Espronceda y la falange romántica, pero esta amistad no le llevó á la tarima del hospital ni le puso en las manos la pistola del suicida; antes al contrario, al acercarse á la edad viril, Alvarez entró en la monótona prosa de la Administración pública por el ramo de Rentas, y viajó, no como Childe Harold, sino como cualquier agregado de embajada, al Brasil, á la América del Norte, viniendo por último á dar fondo en las dormidas aguas del Consejo de Estado. Estas noticias, bien deficientes para la curiosidad, y varias anécdotas y rasgos geniales, es lo único que aparece al exterior. Por dentro yo creo que será muy otra cosa, y que la vida de

Miguel de los Santos Alvarez — como la de todo *homme à femmes* — tendrá muchísimo que contar y saber.

En efecto, si hemos de juzgar por las semi-indiscreciones de sus amigos y por las revelaciones que se encuentran en sus obras, Alvarez padeció, como Sainte-Beuve y Stendhal, la *dulce mania* femenil. La diferencia está en que Sainte-Beuve y Stendhal eran maestros en analizar el alma femenina, y Alvarez, en sus escritos, parece un iluso, que pinta mujeres convencionales, el maniquí romántico de 1836, la mujer-demonio, la mujer-angel, la sirena ó la melusina, nunca el tipo humano.—Me he servido de la frase francesa *homme à femmes*, porque nuestra enérgica palabra *mujeriego* no expresa el mismo concepto, sino, á mi ver, otro más fisiológico, menos poético y sutil. La palabra española se refiere al temperamento; la frase francesa, á una disposición ó temple especial del cuerpo y del espíritu,—del espíritu sobre todo;—temple que influye sobre la fanta-



sía, sobre el corazón, sobre las potencias y virtudes del ánimo, y también sobre el destino general del individuo. Por regla general, los *femeninos* se quedan solteros, y llegan á la vejez en estado de suave desorganización moral,—escépticos, llenos de benignidad, impregnados de una especie de unción, delicada forma que reviste la *coquetería ó deseo de agradar y ser querido* en las naturalezas selectas, finamente intelectuales. La desaparición de la juventud física, unida á la persistencia de lo que no sé si me atreva á llamar *juventud sexual*, es lo que forma esos amables viejos, adorno de los salones, encanto de la conversación, que obtienen sobre los jóvenes, en una atmósfera facticia y ajena á las realidades del instinto, pasajeros y halagüeños triunfos.

Bastante podría contarnos de sus verdores Miguel de los Santos Alvarez, pero apenas dejó entrever una vislumbre de los dramas del alma que sin duda le agitaron. Debió de ser uno de los episodios más

curiosos y característicos el relacionado con aquella *Jarifa* á quien una orgía inmortalizó. Es indudable que Espronceda ejerció doble fascinación sobre Miguel de los Santos Alvarez, inspirándole al par que la admiración literaria, un culto amistoso rayano en la idolatría. Era Espronceda mayor en edad diez años, y no hay que decir si superior en inspiración, arresto, garbo y escéptica fanfarronería, como también en posición social y en dandismo,—pues Espronceda, á quien algunos creen desharrapado bohemio, tenía madre muy rica, y gastaba con esplendidez.—Sumemos todos estos prestigios (sin olvidar el de la hermosa estampa) y veamos si hay que extrañar la devoción que Espronceda inspiró al joven amigo, y la imborrable huella que grabó en su alma y en las producciones de su ingenio. Los que en Miguel de los Santos Alvarez buscábamos, en primer término, reflejos del ardiente nimbo que rodeaba la bella cabeza de Espronceda, no íbamos fuera de camino; nos remontábamos á la fuente



misma de la vida de aquel hombre, al cual, mejor que *byroniano*, pudo llamar el Padre Blanco *esproncediano* rezagado. —Tomemos en cuenta este fenómeno de subordinación intelectual al comentar el episodio de *Jarifa*.

Cualquiera que fuese la pasión de Espronceda por Teresa, no cabe duda que *Jarifa* ocupa su lugar propio, tal vez más característico aún, en la obra del poeta extremeño. *Jarifa* es la época literaria de Espronceda, representada en una figura femenil. Veinte años antes y veinte después del romanticismo, *Jarifa* sería una mujer galante á secas, y sólo á aquellos escépticos y blasfemos, — en el fondo tan crédulos y sensibles, — se les pudo ocurrir hacer la apoteosis de *Jarifa*, y poetizar sus labios glaciales, donde aún palpitan las caricias de sus últimos dueños. Todo se ve del color del cristal por que se mira, y *Jarifa*, que para Quevedo ó el arcipreste de Hita sería asunto de una desenfadada y libidinosa caricatura, para Espronceda es una abstracción filosófica,

simbolo de la inania de las cosas, y pretexto para desahogar su desesperación, lanzando el triste clamor :

«Sólo en la paz de los sepulcros creó.»

Dentro de la estética de Espronceda, el puesto de honor, más que para Teresa, es para *Jarifa*, en cuyo seno helado reclinó la cabeza el poeta antes de morir á todas las ilusiones.

«Una misma es nuestra pena...  
En vano el llanto contienes.  
Tú también, como yo, tienes  
Desgarrado el corazón.»

Por sólo este sentimiento de compasión y fraternidad, Espronceda eleva á *Jarifa* á su nivel, y aunque la acuse de tantas y tan patentes liviandades, al reconocerla por hermana en dolor, por alma igual á la suya y capaz como la suya de devorar activa y en silencio las amarguras y decepciones, la deja rehabilitada.

*Jarifa* — ó más bien la mujer que se oculta tras este nombre de guerra — no era de esas infelices sentenciadas por la